



EL PIE EN EL ESTRIBO Seudónimo: Túnel Blanco

Querido papá: Tu barca se aleja en calma y ya no hay amarras que la sujeten a este potro de tormento. No me arrepiento de haber pisado el acelerador. Mereces un mar sereno para tu naufragio, sin quijadas de hielo ni colmillos de tiburones. Posiblemente no volveré a recolocarte la almohada, ni a ajustarte por enésima vez las gafas del oxígeno, ni a preguntarte si querrás un yogur o un sorbo de zumo. Ya no tendrás que esforzarte en negar con ese guante color pergamino que es tu mano. Ya podré acariciarla sin temor a que mi roce se sume a tus dolores.

Hace un rato te he contado un cuento de mi invención, como hacías tú conmigo cuando al regresar del trabajo entrabas a mi dormitorio a conducirme al sueño a través de ese parque donde jugaba Josefina, esa niña imaginaria a la que ocurrían tantas cosas con final feliz. Que la vas a desvelar, te regañaba la mamá. Has sonreído al escucharme y casi se han alegrado tus facciones, huesos tragándose su propia carne. Por esos rasgos derrotados se asoman tus padres y abuelos a enseñarte el camino.

Te has agitado y ha quedado al descubierto tu pie. Te he vuelto a poner la talonera. El colchón anti escaras no ha podido evitar las úlceras de tantas semanas encamado. No sé por qué, tus dedos con la mordida violácea de la gangrena me han hecho recordar esos zapatos de rejilla que llevabas los domingos, cuando paseábamos tú y yo por la mañana hasta aquel bar donde bebías una cerveza mientras me sujetabas en un taburete muy alto para que gozara de las olivas rellenas. Luego la mamá se enfadaba si comía poco.

Ha irrumpido como un obús la auxiliar chillona que repite “cariño” como un mantra zafio. “¿Comerás un puré, cariño?” Le hago una señal para que se calle y le señalo la bandeja intacta de la mañana. Se marcha y de nuevo nos sumergimos tú y yo en esta burbuja de complicidad.

En el alfeizar de la ventana hay un gorrión que te mira con ojos compasivos. Quizás sea descendiente de alguno que sobreviviera a tu tirachinas en aquellas aventuras de infancia, cuando tus piernas eran gacelas y la vida un futuro interminable. Le regalo el bizcocho de tu desayuno. Enseguida acuden colegas suyos a disputárselo. Bajo un poco la persiana y cierro las cortinas para distanciarte del bullicio del banquete que disfrutarán los pajarillos a costa de tu inapetencia.

Te hablo de los trenes que conociste en la casilla de tu tío el guarda-agujas. Eso te gusta. Quizás al escucharme te sientes viajero en un compartimento con tu madre y una cesta con un pan de hogaza y una tortilla inmensa. Quizás regresas a cuando íbamos a la playa y en la estación me comprabas tebeos para que no me aburriera en aquel trayecto ferroviario con parada en todos los pueblos. Diez horas le costaba a aquel Correo llegar a Valencia. En Teruel, treinta minutos detenidos para el cruce con otro convoy. Tú bajabas a la cantina, caprichoso por tomar sopa. Y yo, papá, angustiada por lo que se me antojaba una temeridad, esperándote con la mamá, pegada a la ventanilla y con el temor de que el tren se fuera sin ti. Y tú volvías a tiempo con tu risa, con tu olor a masaje y con unos caramelos. Y continuábamos el viaje, felices los tres, yo en una siesta de la que despertaba al pasar por las primeras huertas de naranjos.

Ahora también querría relajarme en este sillón, pero la angustia de la cuenta atrás es más fuerte que mi cansancio. Escribo en mi agenda frases sueltas, versos que no cuajan en un poema, algo parecido a una carta imposible. Las palabras son incapaces de expresar la tristeza de velar tus quejidos, el amor de la hija que te pide perdón por las ocasiones en que te fallé y te da las gracias por todas en las que me apoyaste.

Un corcel negro galopa hacia aquí y conoce el número de tu habitación. He exigido respeto para que pierdas con dignidad tu batalla definitiva. Ayer mantuve con el personal médico una de esas conversaciones que no habrán ocurrido jamás. Por eso ha cesado la maldición de fármacos que prolongaban tu agonía. Ya no hay pastillas rodando por tus tripas ni venenos para implorar el milagro negado. Sólo paliativos, velos de hadas, seda en tus pestañas. Hoy soy mayor que tú y te llevo al colegio en tu primer día.

Ha llegado un enfermero silencioso, verdugo salvador. Contrarresto con un abrazo tu débil resistencia a que coloque una palomilla en tu brazo famélico. Papá, final de pinchazos. Termina esta guerra. Ya vas con tu pantalón corto a coger higos y moras. Ya subes a un tren de aquéllos. Ya sueñas cuentos para la niña a la que regalaste tantas olivas rellenas y fantasía. Pronto verás a la mamá, que se habrá pintado los labios para recibirte. Dile cuánto la echo de menos. Dile que te he cuidado como mejor he sabido.

Otra vez solos tú y yo, tú ya casi ausente. Mientras la morfina te inunda, me quedo con tu última consciencia y fundo tus retinas en las mías. Ya no correspondes a mi beso. La arena de tu reloj se vuelve ceniza. Comienzo a llorar ya sin disimulo.

La noche es un túnel de niebla pero por fin adivinas la salida. Adiós, querido papá.